

Tres libros sobre *Laminium* (Alhambra, Ciudad Real) en 2011:

Benítez de Lugo, L., Cabrera Gómez, I., Mata Trujillo, E. y Ruiz Gómez, P. (2011): *Arqueología urbana en Alhambra (Ciudad Real). Investigaciones sobre Laminium*. Ediciones C&G. Puertollano. 102 páginas.

Gómez Torrijos, L. (2011a): *Historia de Alhambra. La ciudad romana de Laminio*. Ed. de autor. Madrid. 417 páginas + 10 láminas.

Gómez Torrijos, L. (2011b): *Inscripciones romanas de Alhambra y de Laminio*. Ediciones C&G. Puertollano. 123 páginas.

En 2011 los estudios arqueológicos relacionados con la Edad del Hierro, Historia Antigua y mundo visigodo de Alhambra han experimentado un hito de publicaciones para el ritmo habitual de esta comarca. Con los tres libros que vieron la luz –que se dice pronto–, Alhambra se pone a la cabeza de las poblaciones con más monografías de temática arqueológica en el Campo de Montiel y aumenta su propia trayectoria como objeto de publicaciones científicas. Partamos pues de que toda explosión bibliográfica de este tipo, en relación con esta importante villa del Norte de la comarca y de unos autores incansables como lo son, siempre es positiva y bienvenida.

Ante este inusual hecho y dado mi evidente interés, tanto por la temática como por la necesidad de sopesar las publicaciones de la comarca, he creído conveniente abordar esta triple recensión en este marco y con la intención de animar a repensar con perspectiva qué información histórico-arqueológica estamos generando desde y del Campo de Montiel.

Son numerosas las semejanzas entre estas tres obras, pero tantas como las diferencias y las distintas varas de medir que son necesarias aplicar, si queremos ser rigurosos, para analizar cada libro en su contexto particular. Una disección

pormenorizada de las mismas nos llevaría más espacio y tiempo del que aquí disponemos y, además, rompería este momento único de poder presentar y poner en la balanza estos tres volúmenes aparecidos de una tacada. Por tal razón, preferimos no ahondar en descripciones, sino más bien sobrevolar algunos puntos específicos o atisbar las convergencias y divergencias entre ellos, para calibrar mejor la idiosincrasia profunda de cada uno, de sus autores y de lo que significan estas tres obras para la arqueología alhambrena, para el conjunto de las investigaciones del Campo de Montiel y para los estudios de esta cronología en esta parte de la Península Ibérica.

Entre los puntos en común, evidentemente, encontramos la temática escogida: la ciudad iberorromana de *Laminium* que supura en cada uno de los rincones de Alhambra y de sus alrededores. Desde que a finales del siglo XVI, Jerónimo Román de la Higuera pusiera el núcleo laminitano en sus controvertidos textos (Moya-Maleno, 2006: 78 y ss.), el Pasado de la localidad ha sido objeto de constantes menciones; no ha sido hasta el último tercio del siglo XX cuando los hallazgos casuales y los trabajos arqueológicos programados en la obra civil han ido acompañados de una clara concienciación investigadora, conservadora y divulgadora del Patrimonio local. Los autores que capitanean sendos títulos son claro ejemplo de la evolución de los estudios laminitanos, cada cual en su nicho, pero imbricados dentro de un mismo leitmotiv (Benítez de Lugo, 2000; Gómez Torrijos, 2000).

Otras semejanzas podemos describirlas también de dos en dos. Algunas son evidentes, como el hecho de que dos obras sean de un mismo autor (Gómez Torrijos, 2011a y 2011b). Esta coincidencia parece quizás, más que fruto de la casualidad, motivada por la intención de rematar la *Historia [Antigua] de Alhambra* subrayando de forma complementaria uno de los testimonios más llamativos de la localidad: las inscripciones. Otra eventualidad parece el hecho de que dos de los libros (Benítez de Lugo *et alii*, 2011; Gómez Torrijos, 2011b) hayan sido publicados por la editorial C&G dentro de su sección Biblioteca Oretana-Colección Historia como resultado de haber sido premiados dentro del *VIII Concurso 'Oretania' de Investigación Histórica* promovido por este Grupo Oretania: el Premio 'Alhambra' para el equipo de L. Benítez de Lugo, al que le correspondió una gratificación de 500 €, y el Premio 'Diputación Provincial de Ciudad Real' para L. Gómez, con 1.000 €.

Es más, los autores que encabezan las obras aquí presentadas son reincidentes en esta convocatoria e incluso en el premio, si bien intercambiados. Luis Benítez de Lugo ya logró, junto a Germán Esteban y Patricia Hevia, el Premio 'Diputación'

en la primera edición del concurso con la obra *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d.C.)*, una síntesis sobre los yacimientos, las fuentes literarias y las características geográficas más representativas de esta época en la Meseta Sur (Benítez de Lugo *et alii*, 2004). Por su parte, Luis Gómez ha repetido su participación y victoria de forma consecutiva con el trabajo “Errores históricos de la provincia de Ciudad Real especialmente de Alhambra y pueblos de su entorno”, ahora con el Premio ‘Alhambra’. El fallo del jurado de la VIII edición ha sido recientemente proclamado en 2013 y esperemos que la obra vea pronto la luz.

En este sentido, no podemos obviar el empuje que desarrollan para la investigación histórica de la provincia y, en concreto, del Campo de Montiel, el Grupo Oretania como organizador, la Diputación de Ciudad Real –como principal patrocinador y maestro de ceremonias desde el inicio de los premios– y, en lo que al Campo de Montiel respecta, el Ayuntamiento de Alhambra a partir del VII Concurso. La importancia de su esfuerzo económico es si cabe mayor en tiempos en los que, como en la presente edición, la falta de patrocinadores ha obligado a dejar desiertos algunos galardones, como el también campomontieleño Premio ‘Villanueva de la Fuente’.

Con todo, la publicación por C&G también aporta semejanzas menos afortunadas para los dos volúmenes laminitanos premiados y que, desgraciadamente, también pueden hacerse extensivas al otro libro de L. Gómez (2011a): la mala calidad editorial. Más allá de cuestiones de fondo y de erratas puntuales –normales y comprensibles hasta cierto punto–, estamos hablando de una falta de criterio y de carencias en la presentación de los resultados a nivel general que pueden incitar el rechazo o desconfianza hacia estos trabajos con un simple hojeador, sin ni siquiera haber leído los textos que puedan contener. A nuestro juicio, se trata de una responsabilidad al alimón de los autores, de los editores, correctores e incluso del jurado que otorga los premios, unos por la calidad de sus trabajos y otros por no reparar o mejorar tales carencias o por no pedir mayor rigurosidad.

Así pues, nos encontramos con fotos pequeñas o pixeladas (Benítez de Lugo *et alii*, 2011: 31, 45, 51 *passim*; Gómez Torrijos, 2011a: 419 y ss.; *Id.*, 2011b: 13); otras reiterativas (Benítez de Lugo *et alii*, 2011: 39 y s.); también mal escogidas por las sombras (*Ibid.*, 2011: 46), por el juego de grises en un posible escenario de publicación en blanco y negro –como ha sucedido (*Ibid.*: 33, 42, *inter alia*)– o, simplemente, por ser totalmente irrelevantes para el mensaje que se está aportando (*Ibid.*: 54 y s.)... como si por poner más imágenes la información fuera más completa. Del mismo modo, da la sensación de que tal amontonamiento de

imágenes y texto de forma caótica y sin calidad respondiera a un deseo del autor por abrumarnos de datos o, por el contrario, de la editorial de ahorrar espacio a cualquier coste e importando bien poco la consideración del aparato gráfico como una parte fundamental de la comunicación expositiva e interpretativa entre autores y lectores (*Ibid.*: 66 y s.; Gómez Torrijos, 2011b: 80 y ss.). Parece que no se comprende por alguna de las partes, o por todas a la vez, que una buena tabla o figura –con sus planos, contrastes y definición bien equilibrados y sin escatimar en tamaño– deben decir tanto o más que una página de letras negro sobre blanco.

En esta oda de confusión de los fines con el medio, tanto o más desolados están los pies de foto/figuras. Cuando los hay (Benítez de Lugo *et alii*, 2011: 69), la falta de enumeración de ellas, en primer lugar, impide siquiera referirnos a una en concreto cuando varias se hallan en una misma página (*Ibid.*: 38; Gómez Torrijos, 2011a: 419 y ss.). La ausencia de este criterio y de las “llamadas a figura” –habitual en la literatura científica–, por otro lado, también dificulta relacionar de forma nítida cada imagen con la frase o párrafo que se desea ilustrar. En última instancia, tampoco queda bien parada la propia composición de los pies, con frecuencia demasiado telegráficos e inexpressivos por sí mismos.

Unos y otros aspectos de la claridad expositiva desmerecen las posibilidades de unos libros que, teniendo en cuenta su formato en pasta blanda y cercano al DIN-A5, hubieran dado imágenes a caja completa vertical y horizontal con gran detalle y empaque. Un mayor “aire” entre figuras y texto, y entre los párrafos mismos, también hubieran mejorado esta presencia.

Arqueología urbana en Alhambra

La *Arqueología urbana en Alhambra (Ciudad Real)* (fig. 1), como su propio nombre indica, reúne en un único volumen distintas intervenciones en el casco urbano de Alhambra desde 2007, todas las cuales excepto una están vinculadas de una u otra forma a la empresa Anthropos s.l. de Luis Benítez de Lugo (UNED-Valdepeñas). Fue esta consultora la que inauguró el Servicio de Arqueología y Patrimonio de Alhambra y la que ha articulado que los demás firmantes, Isabel Cabrera (Arqueóloga-Lda. en Geografía e Historia), Enrique Mata (Arqueólogo-Ldo. en Historia del Arte) y Paula Ruiz (Restauradora de Bienes Culturales), hayan desarrollado la importante labor preventiva y sociocultural que promueve el consistorio alhambrense y la Asociación Alhambra ‘Tierra Roja’.

De este modo, desde las primeras excavaciones de Benítez de Lugo (2000: 11) en la zona y en las que se minimizaban yacimientos iberromanos bien documentados

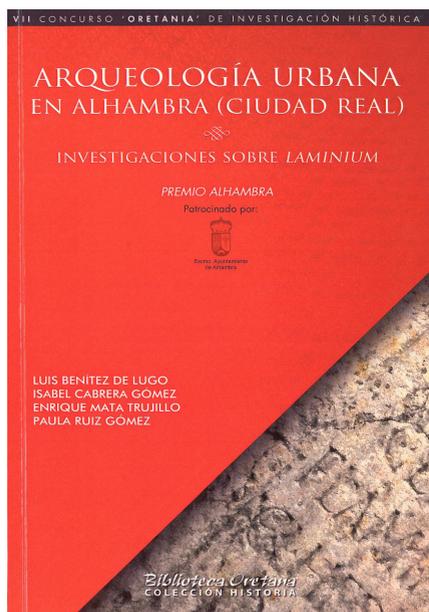


Fig. 1: Portada de *Arqueología urbana en Alhambra (Ciudad Real). Investigaciones sobre Laminium*.

como la necrópolis del Matadero (Madrigal *et alii*, 2001), encontramos ahora este compendio de ocho intervenciones en el corazón laminitano. Se trata de 80 páginas en las que se desgranán las excavaciones y hallazgos realizados en solares, como el habitáculo subterráneo iberorromano en la Plaza de España (pp. 47-72), las estancias de la Edad del Bronce e ibéricas en el Centro de Día (pp. 72-74), las estructuras junto al colegio público Ntra. Sra. de Fátima (pp. 80-90) o el aljibe y tumbas frente a la parroquia de San Bartolomé (pp. 90-97). Llama la atención la inclusión como un epígrafe de la intervención en el Centro de Usos Múltiples, pues se reduce a una mera noticia de que se halla inédita por el arqueólogo C. Fernández Calvo (p. 72).

Pero cuando decimos en el corazón laminitano, no sólo nos estamos refiriendo a una coordenada geográfica, sino también a otra emocional: intervenciones en aquellos lugares y elementos patrimoniales alhambrenses emblemáticos e insertos en la memoria colectiva de la población, como la puesta en valor de la necrópolis visigoda de Las Eras (pp. 15-21), la restauración de las conocidas aras y estatuas romanas (pp. 21-47) o una excavación en una capilla del mismo templo parroquial que dio con una cripta y que corroboró la ocupación ininterrumpida del lugar (pp. 74-80).

Los numerosos detalles y datos técnicos aportados a lo largo de estas páginas denotan claramente que hay una intencionalidad científica, con toda seguridad emanados de las memorias arqueológicas preceptivas: dimensiones de las tumbas visigodas (p. 18), tratamientos específicos de conservación y restauración (pp. 24-27 *passim*), listados e interpretaciones estratigráficas (pp. 48-51 y 87-95) y un magnífico despliegue de técnicas físico-químicas y aparataje tecnológico en el caso de la analíticas de galbos de ánfora de la Plaza de España que albergaron desechos humanos (pp. 53-69).

Sin embargo, pese a lo que podría imaginarse, esta obra también presenta notables carencias dentro de la línea científica que pretende. Por ejemplo, frente

a la mencionada ilegibilidad de muchas figuras o fotografías, se echan en falta otras, como podría ser en el caso de la cripta de la parroquia de San Bartolomé y no existe ni un solo plano general de situación de las intervenciones en la población o una ubicación planimétrica de los muchos sondeos que se describen (pp. 48-51). Apenas hay dos dibujos: una planta –sin escala (p. 17)– y un perfil (p. 93), aun bien sabiendo que a menudo son más explicativos que la fotografía. Asimismo, el positivo detallismo con las unidades estratigráficas de las distintas excavaciones no es rematado con representaciones gráficas que permitan leer de un vistazo las secuencias, ya sea con las correspondientes matrices o con muchas más planimetrías a tinta o en CAD.

Por otro lado, no hay duda que de que cada una de las partes del texto están lógicamente inspiradas por los especialistas que las desarrollaron, ya sean los arqueólogos, la restauradora (§3.2) o técnicos de laboratorio externos (pp. 53-69). No obstante, no encontramos referencias bibliográficas dentro del discurso general, sólo un listado bibliográfico final. Este hecho es en parte lógico, pues se trata de descripciones de intervenciones propias y, por tanto, sin interpretaciones cruzadas con otros yacimientos o teorías. Con todo, no hubiera estado de más que cuando algunas interpretaciones que sí procedieran de otros autores (p. 20), éstas se hicieran reseñar (Villaronga, 2005; Marques de Faira, 2007).

Para finalizar, y siguiendo con este tema, queda señalar que la “*Bibliografía sobre Alhambra–Laminium*” utilizada (pp. 99-102) es muy procedente, si bien se le pueden hacer un par de apostillas: unas veces encontramos cierta sobredimensión de las entradas, especialmente en el caso de las de L. Benítez de Lugo con títulos que no encuentran relación directa con *Laminium* por mucho que sean de zonas contiguas o realizados por el autor; por el contrario, no aparecen otros trabajos o se aprecian referencias mal citadas, como en el caso de García Bueno (2006) y en el nuestro propio (Moya-Maleno, e.p = 2008).

Historia e inscripciones de Alhambra

Aunque las dos obras de Luis Gómez Torrijos publicadas en 2011 comparten buena parte de los aspectos censurados más arriba, su caso es totalmente distinto y como tal se ha de evaluar. El hecho de que el libro de las *Inscripciones Romanas...* (2011b) pueda considerarse una secuela del capítulo respectivo a epigrafía del gran libro de la *Historia de Alhambra* (2011a) –con cambios mínimos– nos permite realizar un análisis de conjunto de ambas obras.

Gómez (2011a: 11) es un historiador autodidacta que navega entre toneladas de bibliografía con una idea clara: “*La decisión de reflejar de modo resumido y sin composición mía que modifique en esencia los textos recopilados, tienen la intención de legar a los estudiosos una recopilación fidedigna en la que apoyar o ampliar otros estudios, sirviendo de fuente básica, lo cual va en detrimento de una composición conjunta de los hechos*” (Gómez Torrijos, 2011a: 11). Pero, pese a sus palabras, el autor no se limita a ser un mero compilador, sino que, a base de hilvanar todas esas noticias con muchos otros datos de su propia vivencia, con el trabajo directo sobre materiales y contextos arqueológicos y con el contexto histórico general, persigue reconstruir la Historia Antigua de su localidad.

La *Historia de Alhambra*, con 417 páginas y 10 láminas (fig. 2), es una autoedición al uso de su anterior libro—*Alhambra: Geografía, Historia, Costumbres*—, una obra de conjunto con la que el autor entra de lleno en la construcción de las etapas históricas más antiguas de la localidad amesetada. Pero, a diferencia del volumen del año 2000, el esfuerzo de Gómez Torrijos para sacar adelante este libro acerca de *Laminium* ha debido de ser mucho mayor, puesto que no sólo se trata de atender a características geográficas, climáticas, económicas o etnográficas que ha podido experimentar y aprehender durante su propia trayectoria vital. Ahora, el autor (re)construye la Historia Antigua de Alhambra sobre los aislados datos histórico-arqueológicos de que disponemos y dentro del *fluir* histórico general, un

armazón (sic) con el que poder comprender cronológicamente la evolución del lugar.

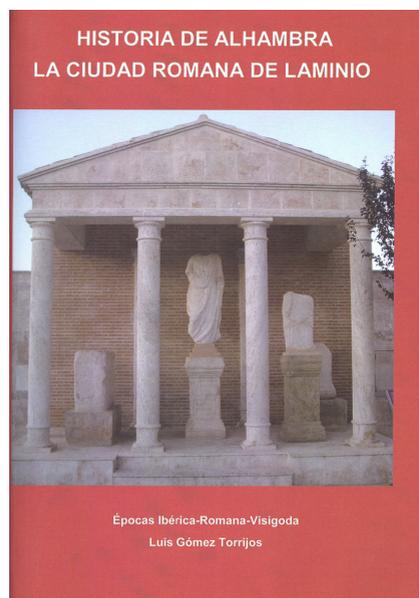


Fig. 2: Portada de *Historia de Alhambra. La ciudad romana de Laminium*.

La organización de los capítulos responde a este modelo de una “Historia Total” de Alhambra-Laminium: 1.- *Fuentes Históricas y Pueblos Prerromanos* (pp. 12-22); 2.- *República y Principado. La cultura romana en Hispania: la sociedad* (pp. 22-35); 3.- *Religiones indígenas – romana – cristiana* (pp. 35-53); 4.- *Cronología histórica* (pp. 54-72); 5.- *El Imperio [romano]* (pp. 71-76); 6.- *Hispania Romana – Alto Imperio* (pp. 76-88); 7.- *Bajo Imperio. Siglo III a V d.C.* (pp. 88-100); 8.- *Fin del Imperio [romano] – Visigodos – Edad Media (V-XV)* (pp. 100-108); 9.- *Estudio de la ciudad de Laminium* (pp. 108-161); 10.- *Vías romanas* (pp. 161-186);

11.- *Inscripciones romanas* (pp. 186-239); 12.- *Guía Arqueológica de Alhambra* (pp. 234-364); 13.- *Noticias – Hallazgos – Excavaciones – Publicaciones – Conferencias y Exposiciones Arqueológicas de Alhambra* (pp. 364-395); y 14.- *Diccionario y Abreviaturas* (pp. 395-403). A ellos hay que sumarle la *Bibliografía* (pp. 404-417) y las 10 láminas a color finales [pp. 419-428].

Un simple vistazo a este índice nos previene que, aunque se tiende a una narración cronológica, el discurso se rompe desde el principio, y así, por ejemplo, en el segundo capítulo introduce cultura y sociedad y el tercero lo dedica a la religión desde momentos prerromanos hasta el Cristianismo. Consideramos que siempre hubiera sido posible acudir a una sistematización clásica para ir analizando fase por fase los sucesos políticos, sociedad, economía, ideología, cultura, etc.; si la escasez de fuentes nos impide reconstruir todas las épocas, también se hubiera podido tratar la evolución de cada uno de dichos aspectos separadamente y ciñéndonos a los datos que tenemos.

De otro modo, lo que sucede es que, a pesar de la importante subdivisión de los epígrafes, hay temas que resurgen una y otra vez a lo largo del texto porque el espíritu compilador y de observador externo de Gómez Torrijos interfiere cualquier tipo de narración histórica lineal. Sólo así se comprende encontrar una descripción geográfica de Alhambra en la página 236 en relación con la guía arqueológica y no tras la introducción como debería de ser.

La reiterada narración y encuadre de los hechos históricos a modo de secuencia cronológica y con fechas en negrita (p.e. pp. 60 y ss.), o la existencia de un diccionario final, no implica estar frente a un texto didáctico. No dudamos del afán divulgador del autor pero la densidad de conceptos y de datos técnicos emanados del encabalgamiento de artículos sólo lo hace comprensible para un investigador avanzado y que domine la bibliografía del lugar. Por lo tanto, nuestro interés para con este libro radica en bucear entre sus páginas: por mucho que uno se tope con literatura erudita y científica ya conocida, siempre podrá encontrar un dato novedoso o de difícil acceso. A nuestro juicio son de especialmente interés los últimos capítulos (§12-13), los dedicados a yacimientos, materiales y a la Arqueología en Alhambra, puesto que son datos unas veces inéditos por pertenecer a la intrahistoria del municipio (pp. 364-395); o a fondos del Museo Local todavía no publicados, como los *sigilla* (pp. 334-345) o su numario (pp. 354-360).

En este sentido, aunque a lo largo del libro los testimonios epigráficos son fundamentales para recrear los distintos aspectos de la vida hispanorromana de *Laminium*, el capítulo XI está dedicado específicamente a las inscripciones

(Gómez Torrijos, 2011a: 186-239) y sirve de base para las 123 páginas de la segunda monografía de L. Gómez Torrijos (2011b): las *Inscripciones Romanas de Alhambra y de Laminio* (fig. 3).

Pese a ser un volumen distinto, poco cambia del capítulo a la monografía, ni tan siquiera los títulos: 1.- *Inscripciones Romanas* (pp. 11-18); 2.- *Inscripciones encontradas en Alhambra* (pp. 19-66); 3.- *Inscripciones del área de influencia de Alhambra o relacionadas directamente* (pp. 67-74); 4.- *Inscripciones que se mencionan o se relacionan con la ciudad de Laminio* (pp. 75-95); 5.- *Otras inscripciones* (pp. 97-102); 6.- *Estudio de las inscripciones y estatuas de Alhambra realizadas por D. Cándido Peñafiel* (pp. 103-107); 7.- *Conclusión* (pp. 109-114); 8.- *Bibliografía* (pp. 115-122); y 9.- *Agradecimientos* (p. 123).

Tampoco encontramos en la monografía muchas más aportaciones en la biografía y lectura de las inscripciones, sino que en su mayor parte ha repetido los textos (p.e. Gómez Torrijos, 2011a: 186-192 = Gómez Torrijos, 2011b: 11-22). Mientras que gana algunos párrafos por un lado, por el otro pierde incluso las fotografías y calcos que sí tiene la *Historia de Alhambra*. ¡No hay imágenes! Resulta paradójico que uno se lleve casi mejor idea del patrimonio epigráfico laminitano consultando el volumen general que la propia monografía específica.

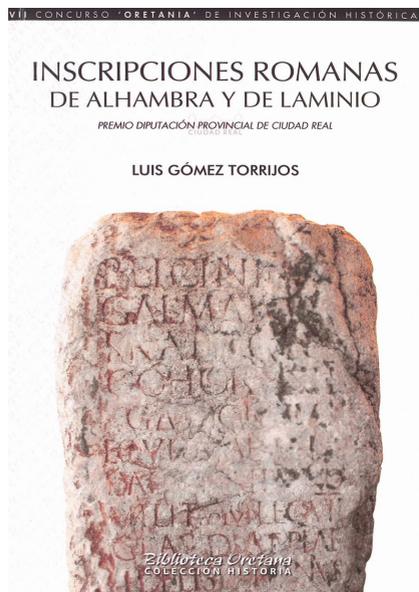


Fig. 3: Portada de *Inscripciones romanas de Alhambra y de Laminio*.

En cuanto al contenido, cabe señalar los mismos deslices y aciertos, como el encontrar reunidas todas las inscripciones relativas a *Laminium*-Alhambra (pp. 14-18), aunque del total de 40 de las recogidas no deberían de figurar algunas por afinidades lingüísticas poco nítidas (pp. 76 y s.; 81) o las pertenecientes a otros lugares sin un nexo claro (pp. 98 y s.). También interesan las distintas versiones dadas desde el anticuarismo hasta hoy día y el hincapié en algunos de los temas relacionados con los protagonistas de los epígrafes, como la familia *Licinio*.

De forma global, a nadie se le escapa que la importancia de estos dos libros de Gómez Torrijos –y del otro del año 2000– reside en que un lector y/o investigador puede tener

en medio palmo de una estantería casi todo lo sucedido, lo dicho y lo escrito acerca de *Laminium*-Alhambra. El problema se encuentra, como ya hemos señalado, en que la voluntad y tenacidad de un autor no es un escudo para estar ajeno de las desventajas intrínsecas de la trayectoria investigadora de uno mismo. Las obras de L. Gómez son todavía herederas de los patrones eruditos que han caracterizado buena parte de la producción histórica local nacional hasta finales del siglo XX.

Hay aspectos que ya han sido señalados, como que se echa en falta rematar las obras de forma gráfica, no cómo adorno o floritura final, sino como material explicativo e interpretativo en sí mismo. Dado el volumen de la *Historia de Alhambra* también la opción de incluir láminas a color al final sigue el formato ya experimentado en su anterior libro, lo cual puede entenderse como una forma de mitigar los onerosos gastos de una autoedición. Sin embargo, además de que éstas tampoco tienen toda la nitidez necesaria, también encontramos la escasez de otras imágenes/figuras en grises que ilustren con claridad y descarguen la vista de los abigarrados ríos de tinta (p.e. Gómez Torrijos, 2011a: 283 y s.) o directamente su inexistencia en la monografía epigráfica. Estos aspectos son menos comprensibles porque no dependen de costes económicos y porque en su libro de 2000 queda patente que el autor domina este lenguaje. Igualmente, no presenta planimetrías del urbanismo alhambrense ni de una topografía arqueológica laminiana, una cuestión incomprensible si tenemos en cuenta que se trata del tema central, que las conoce y las maneja (Gómez Torrijos, 2000: 118 y s.).

Este patrón también se aprecia en el fondo de la información aportada y de las interpretaciones que deja fluir a lo largo de sus obras. Aunque el autor se ve como un mero compilador, el mero hecho de seleccionar e introducir lo que dicen otros autores como un “todo vale”, dentro de un discurso generalista y cronológico, acaba por fraguar un discurso que raramente enjuicia desde una perspectiva crítica cada fuente en lo relativo a Alhambra, y queda desfasado en lo tocante a los contextos generales. Por poner algunos ejemplos, véanse las ya desechadas teorías invasionistas indoeuropeas (Gómez Torrijos, 2011a: 13 y s.); traer a colación hallazgos comarcales y provinciales para rellenar huecos temáticos como en el caso de la religión (*Ibid.*, 41); utilizar textos acientíficos de Internet; no acudir a fuentes primarias y contrastadas para los textos clásicos (*Ibid.*, 108-110); o, todavía más grave, el solapamiento y desubicación de los temas que genera el transcribir casi literalmente los textos y artículos de otros autores. Sólo en algunas cuestiones, como la propia identificación de la antigua *Laminium* en la actual Alhambra, el autor se posiciona claramente frente a otras opciones (*Ibid.*, 134 y ss.). En Historia y en cualquier disciplina científica leer es aprender de lo ya trabajado pero también comprender, contrastar y crear un juicio propio.

El uso de la bibliografía y la forma de exponerla también refleja este punto, y no estamos hablando de erratas y pequeños lapsus del autor en la mención a otros investigadores (Gómez Torrijos, 2011b: 119 §546, 121 §624 y §629), sino a cuestiones de más calado. El capítulo de *Bibliografía* constituye una de las características más peculiares de Gómez Torrijos. Se trata un listado ordenado numéricamente según un registro propio del autor alhambrense y que utiliza indistintamente en todas sus obras (Gómez Torrijos, 2000) pero que no respeta orden alfabético alguno. Así, en cada enumeración bibliográfica final faltan ítems en tanto que el autor simplemente se ha limitado a quitar aquellas entradas no utilizadas: la bibliografía es considerada como un almacén de información y no como una herramienta en sí misma. Por lo tanto, y como no podía ser de otra manera, este desordenado listado, por muy completo que sea, impide cualquier cuantificación o análisis bibliográfico decente y ágil, por ejemplo, a la hora de ver el peso que L. Gómez otorga a cada autor o impide que los lectores sigamos profundizando en la estela de cualquier investigador a menos que nos leamos línea por línea las trece páginas de bibliografía.

También relativo a las fuentes utilizadas debemos lamentarnos de cómo se citan los autores dentro del discurso general del texto, puesto que se refleja con el número de referencia del listado final y las páginas (p.e.: 220/37). Para una consulta en concreto, no hay problema en acudir al directorio bibliográfico pero, como se imaginarán, es absolutamente inútil intentar leer críticamente más de dos páginas yendo después de cada cita numérica a la *Bibliografía* para saber en qué autor y trabajo se está basando Gómez Torrijos. Esto es, si se hace una lectura seguida es imposible saber la fiabilidad de lo que leemos porque desconocemos de quién procede el texto y cuándo lo hizo; es bien sabido, que todos los investigadores no decimos lo mismo y que también sufrimos evoluciones internas.

Ahora bien, decir erudito no es peyorativo: que nadie malinterprete o saque conclusiones erróneas de este término. Como ya analizamos en su momento (Moya-Maleno, 2006: 108 y ss.), el fenómeno “erudito” es un mecanismo natural, es una opción por cultivar el intelecto, por dejar testimonio de las noticias y saberes aprendidos y, sobre todo, se trata de una herramienta de autodefensa cultural ante la inexistencia o pasividad de investigaciones históricas regladas o ante la falta de comunicación de los especialistas del ramo con la sociedad. Por una u otra causa, se trata de un ansia por saber y por hacer saber a los demás.

Por desgracia, la Historia suele ser injusta con este tipo de investigadores y, es frecuente que en el choque de estos con los historiadores de carrera los eruditos salgan mal parados, hastiados y profundamente desilusionados. Sin embargo,

ahora más que nunca, hemos de hacer eco del ejemplo de los más insignes eruditos de España. José M^a Soler García (1905-1996), por casualidad también funcionario de Correos, consiguió llevar su afición a la actividad investigadora en la comarca villenense. Su decidida labor de estudio y publicación arqueológica a mediados del siglo XX –tiempos en los que la disciplina no era la que hoy conocemos– permitió no sólo rescatar y poner en valor el conocido Tesoro de Villena (1963), sino crear el Museo Arqueológico Municipal –que ahora lleva su nombre–, publicar diversas monografías y artículos de calidad y ser reconocido como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Alicante, entre otros premios. Sólo él sabía:

“el concepto que en determinados estamentos intelectuales se tiene del que, un tanto despectivamente en ocasiones, se llama «erudito», y mucho más si se trata de un «erudito local». Pero considero que la erudición local es necesaria, siempre que se haga con un mínimo de seriedad y de rigor, y que sin ella no se podrían escribir las obras generales. Ya dijo un historiador que los hechos menudos no son la historia, pero que no se puede escribir la historia sin ellos. Y en este sentido, las poblaciones pequeñas, como Villena [o Alhambra], no dejan de formar parte de España, de Europa y de la humanidad.” (Soler, 1982: 27).

Han sido estos eruditos los que han permitido, con su tesón e ilusión, que los investigadores modernos hayamos puesto nuestros ojos en este lugar. De no haber existido estos para con Alhambra, estaríamos ante un escenario totalmente distinto, ante un pueblo totalmente asolado o en el más absoluto de los silencios, como podemos ver en otros ejemplos comarcanos, sin ir más lejos, Almedina (Benítez de Lugo, 2011: 17). Pero, por otro lado, somos los que hemos recibido una formación en métodos y técnicas de investigación, en Filosofía de la Historia, en Arqueología y en tendencias historiográficas los que tenemos que demostrar nuestro bien hacer y, asimismo, saber animar y canalizar el potencial de aficionados e investigadores noveles para crear un conocimiento y una cultura de calidad y para todos los niveles.

Sí, pero...

Recapitulando lo expresado en este comentario crítico a las tres obras aparecidas en 2011 en torno a las fases prerromanas, romanas y medievales de Alhambra, estamos claramente ante un evento con luces y con sombras.

Son luces por lo que significan para el afán investigador en la comarca, por los datos que muestran en muchos casos y, sobre todo, por el hecho en sí de encarnar un grito de autoconcienciación de la arqueología alhambrena y, por

extensión, del Campo de Montiel. Cada vez es más grato ver la exposición total de las intervenciones sistemáticas y de gestión en el Patrimonio, una costumbre que poco a poco se está imponiendo en esta comarca (Santos, 2011) y que, de no ser así, seguiría engrosando el ingente volumen de proyectos y memorias – *literatura gris*– que duermen el sueño de los justos en las estanterías y archivos de la Administración. También, en la línea reivindicativa de Benítez de Lugo (2011), podemos conocer los enrevesados trámites que han llevado a la destrucción del Patrimonio sin control alguno (Benítez de Lugo *et alii*, 2011: 73 y s.), al tiempo que reconocer el trabajo de mucha otra gente que formalmente no firman artículos pero sin los cuales no hubiera sido posible haber llegado a este punto, como es el caso de Francisco Gómez Horcajada o de Eusebio Villanueva, entre otros, desde la Asociación Alhambra ‘Tierra Roja’, el Museo Municipal o la misma Concejalía de Cultura.

Pero este grito de 2011 también es un alarido desaforado que sólo convence al que ya está convencido o al que ignora lo que es dotar a la arqueología laminitana de un fuste sólido sobre el que sustentarse. Quizás, de hecho, si algo se echa en falta en estas obras es aportar algo más al registro científico como tal –formas cerámicas, tipología de materiales, etc.– y, en general, al conocimiento del proceso histórico de uno de los puntos más importantes de la iberización y romanización de esta parte de la Meseta Sur. Esto es, aparte de reunir obras que ya se conocían o de presentar intervenciones recientes, los datos no son utilizados por los autores para profundizar con paso firme en la evolución histórica del lugar, en la misma identificación de *Laminium* con Alhambra –todavía fuertemente discutida (Plaza, 2011a y b)– o para plantear nuevas propuestas tanto a nivel local –sociedad, economía, etc.– como acerca de la trascendencia laminitana dentro de un contexto más amplio; por ejemplo, frente al entorno de las lagunas de Ruidera, Cástulo, *Libisosa* o esa *Mentesa Oretana* y el corredor Sur que tan bien conocen los autores (Benítez de Lugo, 2003; *Id. et alii*, 2012). Evidentemente, la ejemplaridad del volumen mentesano poco tiene que ver con la del laminitano. Son sombras que, en uno y otro caso, también se fundamentan en la trayectoria de la investigación histórica local y en la de la arqueología de empresa de nuestro país (Moya-Maleno, 2006 y 2010).

En definitiva, las tres obras adolecen de no ser construidas y rematadas como se esperaría de los autores y del objeto de estudio. Este hecho es en cierto sentido permisible en autodidactas como Luis Gómez Torrijos, cuyo esfuerzo ya es notable hasta adquirir tan bastos conocimientos. Pero, muy a nuestro pesar, no debe ser así en el otro caso, donde tales carencias en las esferas intervinientes –ya sean autores, jurados, editores, etc.– no deberían sucederse.

BIBLIOGRAFÍA

- BENÍTEZ DE LUGO ENRICH, L. (2000): “El registro arqueológico en Alhambra (Ciudad Real)”. *Cuadernos de Estudios Manchegos*, 23-24: 9-25. Instituto de Estudios Manchegos. Ciudad Real.
- (2011): “Protección y gestión de la Arqueología en Castilla-La Mancha: el caso del Campo de Montiel (Ciudad Real). Inercias y resistencias”. *Revista de Estudios del Campo de Montiel*, 2: 13-56. Centro de Estudios del Campo de Montiel. Villanueva de los Infantes.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ÁLVAREZ, H.J., FERNÁNDEZ, J.L., MATA, E. y MORALEDA, J. (2012): “Estudio arqueológico en la Vía de los Vasos de Vicarello, A Gades Romam, entre las estaciones de Mariana y Mentesa (Puebla del Príncipe - Villanueva de la Fuente, Ciudad Real)”. *Archivo Español de Arqueología*, 85: 101-118. CSIC. Madrid.
- BENÍTEZ DE LUGO, L., ESTEBAN, G. y HEVIA, P. (2004): *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d.C.)*. Ediciones C&G. Puertollano.
- ESPADAS PAVÓN, J.J. y MOYA-MALENO, P.R. (2008): “Un ‘Puente Romano’ sobre el río Jabalón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, España): el Campo de Montiel como zona de paso desde la Antigüedad”. En J.P. Bernardes (ed.): *Hispania Romana: Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular*: 283-297. Universidade do Algarbe. Faro.
- GÓMEZ TORRIJOS, L. (2000): *Alhambra. Geografía, Historia, Costumbres*. Ed. de autor. Madrid.
- MADRIGAL, A. y FERNÁNDEZ, M. (2001): “La necrópolis ibérica del Camino del Matadero”. En R. García y J. Morales (coords.): *Arqueología Funeraria: las necrópolis de incineración*: 225-258. Universidad de Castilla-La Mancha. Cuenca.
- MARQUES DE FARIA, A. (2007): “Sobre uma nova legenda monetária ibérica: leuni ou laBini?”, en *El Nuevo Miliario*, 4: 55-57. El Nuevo Miliario. Madrid.
- MOYA-MALENO, P.R. (2006): “García y Bellido y la Arqueología del Campo de Montiel (Ciudad Real-Albacete): aproximación historiográfica”, en *Id.* (Ed.): *Antonio García y Bellido. 1903-2003*. Asgarbe. Villanueva de los Infantes. pp. 63-138.
- (2008): “Ager y afiladeras. Dos hitos en el estudio del municipio laminitano (Alhambra, Ciudad Real)”, en J. Mangas y M.A. Novillo (eds.): *El territorio de las ciudades romanas*: 557-588. Sísifo. Madrid.
- (2010): “Grandezas y miserias de la arqueología de empresa en la España del siglo XXI”. *Complutum*, 21(1): 9-26. Universidad Complutense. Madrid.

- MOYA-MALENO, P.R. y ESPADAS PAVÓN, J.J. (2006): “Tres nuevas piezas monetales en el Entorno Arqueológico de Jamila: el puente de Triviño en la Historia”. *Gaceta Numismática*, 162-163: 39-50. Asociación Nacional de Numismática. Barcelona.
- PLAZA SIMÓN, A. (2011a): “De El Bonillo a Murcia y ‘De Norte a Sur: llamado camino de la Calzada’. Una solución al itinerario Antonino 31. Fuentes”. *El Nuevo Miliario*, 12: 27-53. El Nuevo Miliario. Madrid.
- (2011b): “De El Bonillo a Murcia y ‘De Norte a Sur: llamado camino de la Calzada’. Una solución al itinerario Antonino 31. Fuentes II”. *El Nuevo Miliario*, 13: 55-86. El Nuevo Miliario. Madrid.
- SANTOS FERNÁNDEZ, A.I. (2011): “Restauración de la talla de Jesús en la columna de la Cofradía de la Santísima Veracruz en la Iglesia de la Santísima Trinidad (Villanueva de los Infantes)”. *Revista de Estudios del Campo de Montiel*, 2: 209-220. Centro de Estudios del Campo de Montiel. Villanueva de los Infantes.
- SOLER GARCÍA, J.M. (1982): “Discurso pronunciado por Don José María Soler García [con motivo de la distinción con el premio Montaigne-Preises de 1982]”. En Stiftung F.V.S.: *Verleihung des Montaigne-Preises 1982 an Señor Don José María Soler García, Villena und des Montaigne-Studienstipendiums an Pedro Marco, Villena, am 11.Dezember 1981 in Madrid: 27-29*. Stiftung F.V.S. Hamburg.
- VILLARONGA GARRIGUES, L. (2005): “LEUNI: una nova seca ibèrica”. *Acta Numismàtica*, 35: 35-38. Institut d’Estudis Catalans-Societat Catalana d’Estudis Numismàtics. Barcelona.

PEDRO R. MOYA-MALENO*
ARQUEÓLOGO-DOCTOR EN HISTORIA

* preyesmoya@gmail.com

REVISTA DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL

CENTRO DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL

Nº 3 - AÑO 2013

Índice

	Págs.
JUAN GABRIEL TIRADO BALLESTEROS: <i>Instrumentos de seguimiento y diagnóstico para los Planes de Dinamización del Producto Turístico Mancomunidad Campo de Montiel "Cuna del Quijote"</i>	13
MANUEL ANTONIO SERRANO DE LA CRUZ SANTOS-OLMO: <i>La delimitación del Campo de Montiel: principales enfoques y problemáticas</i>	51
CRISTINA QUIJANO BAOS: <i>Reconversión del Torreón-Fortaleza de Puebla del Principe</i>	85
PEDRO R. MOYA-MALENO e IRENE CALABRIA SALVADOR: <i>Restauración y puesta en valor de la inscripción de El Hospitalico de Villanueva de los Infantes (Ciudad Real): Corpus de Inscripciones de Infantes (I)</i>	141
F. JAVIER CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA: <i>La descripción del Partido, Suelo y Campo de Montiel para el Mapa y las Relaciones Geográficas de D. Tomás López</i>	171
ESTEBAN JIMÉNEZ GONZÁLEZ: <i>Abusos de las autoridades francesas y rivalidades de la oligarquía de Infantes en 1811</i>	201
CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA: <i>La cárcel de Villanueva de los Infantes y su reforma en el siglo XIX</i>	213
CRÓNICAS Y RECENSIONES. <i>Notas y dibujos para una mitología popular manchega. Creencias y costumbres populares del Campo de Montiel</i> , de C. Villar Esparza (CONSOLACIÓN GONZÁLEZ CASARRUBIOS).....	240
<i>Tres libros sobre Laminium (Alhambra, Ciudad Real) en 2011</i> , de L. Benítez de Lugo et alii y L. Gómez Torrijos (PEDRO R. MOYA-MALENO).....	246
<i>V Seminario Regional de Arqueología en Alhambra (5 y 6 de octubre de 2013): La Edad Media en Ciudad Real: de la islamización a la conquista cristiana</i> (Luis Ángel Gómez Santos).....	261
ANUARIO DE PUBLICACIONES DEL CAMPO DE MONTIEL (2011-2012). Mª DEL CARMEN PALAO IBÁÑEZ Y ESTEBAN JIMÉNEZ GONZÁLEZ.....	273

ISSN 1989-595X



9 771989 595009 03 >



2013

ISSN: 1989-595X